

Rosa en llamas

Siempre me ha gustado el sonido del campo colombiano en las noches. Los insectos hacen un coro que me inspira tranquilidad. Ciertamente, la ruralidad es para los bogotanos una escapatoria. ¿Quién no ha cruzado la Autopista Norte o Sur con cierto alivio? Todos sin duda necesitamos una huida de aquella ciudad agitada, nerviosa y beligerante.

Para ir a la casa de mis abuelos es indispensable seguir toda la ruta del río Bogotá y, por supuesto, cruzar por el salto del Tequendama. Cuando paso por allí y siento el fétido olor que expulsan las aguas residuales de toda la ciudad me gusta imaginar una realidad distinta, pienso en lo bien que la pasaría con mi familia en un paseo de río ¡si tan solo el agua estuviera limpia!

La historia que voy a contar no me sucedió a mí, es uno de los pocos relatos que mi abuelo Guillermo recuerda de sus épocas de juventud. En realidad, mi abuelo tiene mala memoria tanto del pasado como del presente. Sin embargo, algunas veces después de la comida se sienta en la vieja mesa de madera mirando hacia la oscura montaña, con su ruana negra y sus botas de caucho se acomoda en la silla y con voz temblorosa evoca momentos de su pasado. Frecuentemente, suele recordar situaciones dramáticas que vivió por aquella época en la que la violencia bipartidista entre

liberales y conservadores no le daba tregua a nadie, ¡ni siquiera a los campesinos como mi abuelo!

Unos días atrás mientras sonaban las cigarras y los grillos, y la única luz que nos acompañaba era la de la luna, su voz gruesa relató lo siguiente.

Hace años cuando trabajaba recogiendo café, una tarde mis compañeros me invitaron a tomar unas cervezas en la taberna del pueblo, yo les dije que sí, pero luego me puse a pensar que Mariela, su abuela, estaba muy ocupada con los niños, al fin y al cabo ella también había estado trabajando todo el día en el otro cafetal. Entonces les dije a mis compañeros, habiendo terminado de pesar los bultos de café, que no podía y que sería mejor otro día. Parece que tomé la decisión correcta porque esa noche hubo una tormenta tan terrible que los cables de la luz se cayeron y solo hubo penumbra.

Yo me acosté a dormir pues estaba cansado y el día siguiente habría de ser igual de duro. Llegó la mañana, partí hacia al cafetal, saludé a don Pedro, mi jefe en ese entonces, y busqué la canasta para recolectar todos los granos maduros. Alirio se me acercó y me dijo:

—Quiubo paisano ¿usted se acuerda de don Tulio?

—¿Cuál?, ¿su vecino?, ¿el que tiene cáncer?

—El mismo

—¿Oiga, al fin como les fue anoche?

—Pues eso mismo es lo que le quiero contar, yo no sé si ayer tomé mucho o qué, pero imagínese que cuando iba pa' mi casa, ahí subiendo por la mata e' guadua, me encontré al viejito ese, vestido como de paño y me dio un ramo de rosas negras.

—Eso si está muy curioso, ¿qué haría ese señor a esa hora de la noche y con semejante aguacero que cayó?

—Yo no sé hermano, pero, tengo miedo. Pa' mí que eso fue una aparición. Y además se me hizo muy raro porque yo lo vi un momento y después ya no estaba.

—Que va, eso fue por ahí que usted estaba muy borracho. Además, ese vejito todavía está vivo, raro sería si estuviera muerto.

No hablamos más del tema. Alirio me caía bien, pero no le tenía confianza. Era un poco tramposo, a veces robaba café a otros trabajadores para ponerlos en su cesta y hace años que había estado peleando por un terreno que no era suyo.

El relato de mi abuelo fue interrumpido por mi abuela, pues necesitaba que le ayudáramos a servir un poco de tinto para calentarnos. Mi abuelo siguió con su narración no sin antes llevarse un poco de tinto a la boca con sus manos temblorosas. Prosiguió.

Le comenté a Mariela lo que Alirio me había dicho; su abuela no me puso mucho cuidado. A la mañana siguiente volví a mi trabajo y todos los caficultores y recolectores estaban hablando. Les pregunté qué pasaba y me respondieron:

—Guillermo, ¿cómo le parece que anoche mataron a Alirio?

—¿Cómo?

—Sí, ayer le dispararon. Dizque para arreglar cuentas. Hoy son las exequias, ¿va a ir?

—Sí, yo creo.

La noticia me había tomado totalmente por sorpresa. Ese día fue triste trabajar pensando que nunca más volvería a ver a mi amigo, pero la vida en el campo no puede parar ¿no? El que no trabaja no come. Así que, al anochecer, después de una dura jornada, eso sería un viernes, fuimos con Mariela ahí a la iglesia de Santandercito. Los familiares decidieron que el velorio tenía que ser con velas, no con luz eléctrica. Todos rezamos el rosario y como es tradición pasamos a ver el muerto. Lo habían maquillado, pues se veía muy pálido y él

era moreno. No sé si era la opaca luz de los cirios o el color pálido de su piel, pero cuando me acerqué pude ver en sus manos unas cuantas rosas de una tonalidad tan oscura que parecían hechas de ébano. No quise relacionar los acontecimientos con lo que Alirio me había contado, pues nunca he creído en brujas, en huacas o en ninguna de esas cosas que se escuchan por ahí. No obstante, ese no fue el único muerto que velamos ese mes. Tres días después de la muerte de mi amigo, ósea el lunes, su abuela me dijo que el cáncer finalmente se había llevado a don Tulio de este mundo. Velamos al señor, rezamos el rosario como lo habíamos hecho antes y no pude evitar preguntarme si tal vez don Tulio quiso avisarle a Alirio del peligro, pero quizá los mensajes de las ánimas no siempre son tan claros.

Mi abuelo terminó de un sorbo el tinto que le quedaba, nos miró y creo que iba a decirnos algo más, pero la lucidez del momento se disipó y su memoria se esfumó. Nos dijo con cierto tono de decepción:

—Antes se mataban por ser liberales o conservadores.

Se paro un poco confundido y se fue a su cuarto a dormir. Mi abuela nos dijo que fuéramos a descansar también porque ya estaba tarde. Yo aparté a la gata Josefa de mis piernas y sentí un gran alivio porque todo el rato estuvo clavando sus uñas en mis muslos. Antes de acostarme miré hacia las plantas de guadua y sentí un poco de escalofrío.

Esa noche fue muy fría, no podía dormir. La historia de mi abuelo me había hecho cuestionar todo el escepticismo que siempre he tenido con todo tipo de fenómenos paranormales. Me levanté a la media noche porque necesitaba ir al baño, no quería salir porque

este está algo retirado de la casa y, de alguna u otra manera, no quería ver nada que me pudiera asustar. Fui casi corriendo al baño. Cuando me devolví hacía la casa, sucedió algo extraño. Aquel sonido, el que me produce tranquilidad, cesó: ¡las cigarras se habían callado! Era el silencio absoluto, quise gritar, pero una voz gruesa se me adelantó y me susurró:

—A veces los más vivos están más acá que allá, o ¿cómo es que ustedes dicen?

De esa velada no recuerdo nada más, me desperté en el cuarto sin saber cómo había llegado, pero sin duda el mensaje parecía haber sido contundente: no se necesita estar muerto corporalmente para que el alma ya se haya ido a un plano diferente.

Sebastián Alonso Rey Díaz
Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.